

Tal como fueron

Santos Juliá

Babelia, El País, 20 de septiembre de 2003

María Antonia Iglesias, *La memoria recuperada. Lo que nunca han contado Felipe González y los dirigentes socialistas de sus años de gobierno*. Madrid, Aguilar, 2003, 1017 págs.

No es habitual que un grupo de dirigentes políticos, ministros, "barones", miembros de las ejecutivas, manifieste en público lo que piensan de verdad unos de otros, los encuentros y peleas que han jalonado un periodo decisivo de sus vidas, las corrientes subterráneas de sus odios y de sus amores. Menos habitual es, todavía, encontrarlos a todos juntos, de manera que pueda contrastarse lo que unos afirman con lo que otros niegan, tomar nota de sus flagrantes contradicciones. En fin, casi nunca el desvelamiento de lo que tenían oculto, o dicho solo en voz baja, viene acompañado del retrato que ofrecen de sí mismos, como confesiones a la antigua usanza, sin que nadie les haya instigado y sin que ninguna razón aparente les haya obligado a desnudarse en público.

Todo eso hay este libro, y casi todo habrá que atribuirlo a la habilidad y astucia de su entrevistadora, que queda en penumbra al optar por una edición de su inmenso material, muy bien montada, con escasas reiteraciones, de la que ella misma, sus preguntas, las trampas que haya ido sembrando acá y allá, se borran. De este modo, a los entrevistados parece como si les hubieran dado cuerda, como si todo se debiera a que tenían ganas, largo tiempo reprimidas, de hablar. Y hablan por los codos, sin censuras, como si nadie les incitara ni apremiara, lo que naturalmente redundaba en el altísimo grado de credibilidad que impregna todo lo que dicen: esto que aquí ofrecen es realmente lo que piensan que fue aquel tiempo fascinante que les tocó protagonizar; así es como ven a sus colegas de entonces; y, más importante aún, así es como se ven ellos.

Por empezar con su propia imagen: en algún caso, Alfonso Guerra, es tan enternecedora que incurre de lleno en la cursilería: ¡esa maravillosa puesta de sol que contempla desde el AVE! En otro, Felipe González, es la del héroe solitario, que se enfrenta sólo al enemigo cuando su propia gente ha bajado los brazos, dando el combate por perdido. No falta el inocente perseguido por la justicia, como Barrionuevo, acusado, sometido a persecución, condenado sin pruebas. Ni el amigo fiel, capaz de cantar a

todos las verdades del barquero y mantener con todos excelentes relaciones, como Rodríguez Ibarra. O el obrero que llega a ministro, que jamás ha buscado un puesto en la política, y atribuye a su condición las críticas de los cínicos, como Corcuera. O en fin, su sucesor, Belloch, que viene a poner orden, a limpiar la sucia herencia recibida y que, sólo por eso, sufre campañas feroces en su contra.

Una galería de autorretratos que se complementa con la imagen que cada cual tiene del resto. En este punto, la foto va por afinidades colectivas y tiene que ver con las grandes escisiones ocurridas durante su paso por el poder. En algunos casos son confluencias: de los independientes de última hora, de Belloch sobre todo, nadie duda de que fue un desastre, o no fue un acierto, como matiza Solchaga, que cree a Garzón una desgracia; dos alacranes en el bidé, dice Leguina: Belloch y Robles. Pero con los sindicalistas de la primera hora, con Redondo, la confluencia no es menor: algo oscuro, una envidia quizá, una inseguridad atávica, explica esa obsesión por hacerle al Gobierno socialista una huelga general. Pero las imágenes más arraigadas, y más confluencias también, que unos ofrecen de los otros tienen que ver con las tormentas en que se vieron envueltos y con la desventura final que a todos aguardaba.

La tormenta fue, como bien se recuerda, entre "renovadores" de Chamartín y "guerristas" de Ferraz. No que se trate de una diferencia ideológica, o de programas de gobierno. Aquí, por mucho que los guerristas, con Guerra al frente, se esfuerzan en trazar líneas divisorias, no se acaba de ver en qué concretamente diferían: todos querían la universalización de la educación y de la seguridad social. Más bien fue una cuestión de poder que tuvo su origen en la incompatibilidad entre ser ministro y sentarse en la ejecutiva, decretada para su perdición por Guerra, que dio así una base institucional al poder de los barones, como argumenta Maravall; y luego, en la consolidación de posiciones para controlar la sucesión de Felipe González desde el momento en que comenzó a dar muestra de cansancio y a decir, día sí día también, como dice Almunia, que quería irse.

Imposible dar cuenta de lo que cada cual tiene que decir sobre esta escisión en la cima, cuestión fundamental de nuestra reciente historia política, determinante en la caída del gobierno socialista, el ascenso del PP y las penas y trabajos que está costando crear otro PSOE. Pero una cosa es clara al terminar la lectura de estos imprescindibles testimonios. Los socialistas coinciden en que aquella fue una época grande, que transformó la sociedad española de arriba abajo, la modernizó, la incorporó para siempre a Europa; coinciden también en que el destino de los esforzados políticos que culminaron esa hazaña es injusto. Fue, en opinión común, un final decepcionante,

inmerecido. Y todo por unas cuantas cosas, Filesa, Roldán, Rubio, de las que nadie de los aquí entrevistados, ni que perteneciera al Gobierno ni que controlara el partido, sabía nada.

¿QUÉ PASÓ ENTRE FELIPE Y ALFONSO?

Parte sustancial de la memoria socialista está ocupada por los números uno y dos, Felipe y Alfonso, buena prueba de la relevancia que todos conceden a su liderazgo compartido y a la desastrosa quiebra de su amistad. Joaquín Leguina confiesa no saber qué pasó entre ellos: tal vez conociendo ahora lo que dicen los interesados pueda acercarse a la resolución del enigma.

Alfonso afirma que Felipe ha sido el mejor presidente de Gobierno que ha tenido España; lo fue, desde luego, mientras él estuvo a su vera. Otra cosa es cuando él abandonó el Gobierno. Entonces ocurrió una catástrofe a la que fue por completo ajeno. Modesto, humilde, desapegado del poder, decidido a cortarse la coleta ya en 1982, ignorante por completo de corrupciones, combatido dentro de su partido por una panda de gente sin moral, Alfonso Guerra no pudo comprender que su amigo, consciente de que el grupo de Chamartin se había reunido para atacarle, no hiciera nada por defenderle. A partir de entonces, su amistad con Felipe sufrió una deriva importante de la que el gran perjudicado fue el propio Felipe, que quedó en manos de un grupo de incompetentes.

Felipe prefiere mostrar, más que las razones de su distancia, su decepción. Por supuesto, está lejos de creer que su amigo no quisiera entrar en el Gobierno, ni admite haber sufrido ningún condicionamiento de parte de Alfonso. El tenía las manos libres y apoyo directo en la sociedad, de manera que no sentía necesidad de hacerse un "corralito" en el partido. A raíz de la huelga general, sin embargo, Alfonso pretendió reforzar sus posiciones para asegurarse el control de la sucesión, justo cuando estalla el escándalo de su hermano y tiene que irse -¿destitución, dimisión?- del Gobierno. Haciéndose fuerte en su "corralito", Alfonso no dejará de decepcionarle. Desde ese punto, la brecha será ya irreparable.